

RESEÑAS

Renán Silva, *Los ilustrados de Nueva Granada 1760-1808. Genealogía de una comunidad de interpretación*. Medellín: Fondo Editorial EAFIT-Banco de la República, 2002, 674 páginas.

Renán Silva, historiador y sociólogo del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad del Valle, ha sido uno de los principales animadores de la nueva historiografía cultural en el contexto de los estudios del periodo colonial en el país. Silva tiene ya una obra historiográfica importante y reconocida —entre la que se destaca *Universidad y sociedad en el Nuevo Reino de Granada* (1993), *Prensa y revolución en los finales del siglo XVIII* (1988), *Saber, cultura y sociedad* (1984), y *La reforma de estudios en el Nuevo Reino de Granada, 1767-1790* (1982), para mencionar sólo algunos de los textos más pertinentes que preceden a la publicación de este nuevo libro.

Con una prosa clara, sobria y amena, y siguiendo una exposición ordenada y rigurosa, Silva reconstruye en *Los ilustrados de Nueva Granada* el horizonte cultural de las llamadas “élites culturales” que en el siglo XVIII se aficionaron a los modelos ilustrados en el actual territorio de Colombia. Con el objetivo de estudiar el “proceso de difusión y apropiación cultural [de la ilustración] ... y el proceso correlativo de formación de una nueva categoría intelectual ...” (25), el autor aborda aquellas prácticas de los ilustrados locales cuyas consecuencias nos remiten en dos direcciones precisas. Por una parte, un primer impulso al proceso de individuación y secularización en la vida pública y, por otra, el despliegue de una relación con el saber especializado y el resto de la sociedad en la que los ideales de utilidad, progreso y felicidad desplazan gran parte del andamiaje ideológico del letrado colonial (sin remplazarlo del todo) y sientan de manera efectiva aunque aun precariamente las bases de acción del intelectual moderno.

Los ilustrados de Nueva Granada está organizado en tres secciones: Una primera, que se ocupa de los contextos culturales y afectivos, es decir los encarnizados debates curriculares en torno al “Nuevo plan de estudios” de 1774, pero también el auto-didactismo y el viaje como nuevos modelos de aprendizaje y expresiones figuradas del anhelo ilustrado por conocer, y las tertulias y la amistad como modos concretos de sociabilidad a través de los cuales se comienza a articular la dimensión colectiva del proyecto ilustrado. Una segunda parte del libro, se ocupa de explorar los objetos de consumo intelectual y el nuevo valor que estos adquieren (el libro, la escritura, la lectura, el periodismo, la carta, etc.) y sus mecanismos de distribución (bibliotecas, grandes y pequeños mercaderes, préstamos, etc.). La tercera parte del libro se ocupa de la representación que el ilustrado hace de la riqueza social, el trabajo, la naturaleza, la sociedad y de sí mismo en tanto intelectual.

Como es evidente en este breve resumen, el autor explora múltiples registros sociales: registros que van desde los procesos de transformación de las instituciones (universidades, colegios, bibliotecas, etc.), la circulación de bienes culturales (en especial ciertos libros, pero también en alguna medida el instrumental científico que llega a jóvenes locales), las redes y formas de difusión que incorporan grupos periféricos y que evidencia la presencia del “libro [ilustrado] más allá de los ilustrados” (311), los circuitos formales e informales de sociabilidad e intercambio (las sociedades patrióticas, etc.), las prácticas de lecturas y escritura que se ajustan a criterios de verificación y exactitud, hasta la formulación de idearios éticos, y las representaciones que los ilustrados —la *juventud noble del reino*— hizo de su labor, de la sociedad y de sí misma. Silva yuxtapone estos registros diversos para sondear comprensiva e integradamente el sentido del cambio cultural, abarcando simultáneamente los aspectos materiales de la cultura y las pulsiones que animan el deseo y la ansiedad colectiva.

Contrario a la afirmación de la historiografía nacionalista, que establece una continuidad entre el ideario ilustrado y el de la independencia y que explica el primero a partir de la emergencia de una burguesía criolla, Silva afirma que los ilustrados de las dos últimas décadas del siglo XVIII se inscriben plenamente en “el imaginario político del absolutismo” (617). Esto tampoco quiere decir que —como lo quiere otro tipo de historiografía— la ilustración local es simplemente el producto de la gestión de la Corona, pues el examen de los niveles de representación sugiere que su impulso y afianzamiento e incluso, en varios momentos, su iniciativa pasa por los sueños, intereses y ambiciones de los ilustrados locales. Aun más, a pesar que la evolución cultural de los ilustrados los llevó a formular un ideal del “carácter autónomo y de obra libre, separada de los poderes, que en ocasiones adquiere el trabajo intelectual moderno” (566), Silva hace hincapié en que sus acciones y representaciones nunca están enteramente separadas del ordenamiento social e ideológico que sustenta el pacto colonial más tradicional. Al contrario, a pesar de la estridencia de algunos debates, las nuevas ideas coexisten siempre con los ordenamientos más tradicionales, en parte re-significándolas (como, por ejemplo, con las tertulias) y, a su vez, siendo re-significado por esas prácticas e imaginarios más tradicionales (como con la idea de nobleza, que tan bien ayuda a comprender el comportamiento de Francisco José de Caldas y de Camilo y Jerónimo Torres). Así pues, sugiere Silva, el proyecto ilustrado es parcial, desigual, inacabado, e incluso utópico.

El subtítulo del libro —*Genealogía de una comunidad de interpretación*— es sugerente en tanto nos permite apreciar más decididamente la conjunción de método historiográfico e intención argumentativa del libro. Aunque las fuentes que desarrollan el concepto *comunidad de interpretación*

no aparecen citadas en ningún momento, la dirección argumentativa del libro me hace pensar en el trabajo de Stanley Fish —y en menor medida de Umberto Eco y Pierre Bourdieu. El elemento diferenciador de este concepto es que identifica la construcción de sentido como un proceso que depende —no ya del valor idealizado que los textos pudieran proponer ni de los significados que los interpretantes pudieran abstraer por separado— sino de los desciframientos operados sobre lecturas compartidas, desciframientos que instauran series de significación plausible a través de los cuales los sujetos actualizan su pertenencia a la comunidad, y que emplazan la relación del sujeto con el orden social más general. Así pues, el acercamiento a los ilustrados como *comunidad de interpretación* permite advertir las dinámicas grupales como protocolos constitutivos de una identidad profesional, es decir, precisa el valor de la ilustración neo-granadina *más allá* de las ideas que sus miembros pudieron detentar para encontrarlo en las modulaciones formales que la comunidad ensayó y que sentó definitivamente un tipo de relación importante entre saber y poder.

Por su parte, la concepción de genealogía, en su variante foucauldiana como es el caso en este libro, implica ante todo la reconstrucción de una *singularidad* a través del vasto archivo social para señalar la emergencia fortuita, gradual, parcial, e indeterminada de esa nueva categoría —en este caso, el intelectual moderno— que organiza y hace legible el tipo de saberes privilegiados por la ilustración. Así pues, Silva rehuye la linealidad de la historia de la ciencia y la subjetividad de la historia de las ideas (como bien lo anuncia en el prólogo), para desarrollar en cambio algunas de las propuestas más sugerentes de Roger Chartier, como la de adentrarse en el terreno de las representaciones para acceder a la dimensión simbólica de las prácticas sociales. Es aquí precisamente donde el estudio hace evidencia de una sensibilidad interdisciplinaria, en tanto Silva echa mano de la sociología, la interpretación textual, la antropología cultural —para mencionar sólo algunas de las disciplinas que participan de la exposición textual— para poder historiar la emergencia de algo tan difícil de aprehender como “una nueva sociedad de lectores” (244).

En efecto, uno de los aspectos más notorios del libro es que evita relaciones causales simples para dar cuenta de ese cambio o emergencia que ocurre en los últimos veinticinco años del siglo XVIII. Es por eso que entra en polémica con aquellas historiografías que explican la función social y razón de ser de los ilustrados como expresión de una surgente burguesía local y establece una línea de continuidad con los movimientos de independencia o los somete a la voluntad metropolitana a través de sus iniciativas absolutistas. Para Silva, la interpretación del mundo de los ilustrados locales comprende necesariamente las motivaciones económicas de la burguesía local, la política metropolitana, y las reformas borbónicas, pero no se agota como expresión de tales causas. Por el contrario, su atención se dirige con insistencia a las

Transacciones simbólicas por medio de las cuales prácticas y modelos europeos atraviesan el océano y se transforman en el transcurso; transacciones que abarcan, de manera atrevida pero muy eficaz, el “deseo” de un sector de la población como motor de ciertas acciones, eficaz porque lo que se impone al libro —como bien lo dice el autor en algún momento— es explorar el nivel de lo representado a través de lo vivido.

Como se puede ver hacer la genealogía de este pequeño grupo de ilustrados no obedece a una simple curiosidad. Al contrario, implica trazar el linaje de la modernidad cultural en Colombia, y en especial de su cruce obstinado con la política, a través de la emergencia de ideas como las de progreso y utilidad social, pero también de la gestación una individuación y sensibilidad privada, del derecho de opinión y del deber político. Desde este punto de vista, no es desatinado afirmar que la genealogía de esta comunidad interpretativa es un intento por historiar una cierta modernidad intelectual y política que, a pesar de sus precarios inicios, terminó imponiéndose hegemónicamente en Colombia como la forma de modular públicamente la relación entre saber y poder.

Para entrar en un diálogo crítico con esta sugerente obra me gustaría resaltar tres inquietudes que me quedaron pendientes. En primer lugar, debo admitir que uno de los aspectos más satisfactorios e insatisfactorios del libro es su enfoque exclusivo en la Nueva Granada e, incluso, para ser más exactos en Santa Fe de Bogotá en tanto eje de una región más amplia. Es profundamente satisfactorio porque logra una argumentación rigurosa y comprensiva y evita las generalizaciones, la transposición de contextos desemejantes para producir un efecto de clima cultural generalizado, y porque la ilustración colombiana ha sido explorada muy poco y mucho menos con el rigor y la novedad que Silva lleva a cabo. Pero para el caso de este libro, ese enfoque peca a mi juicio de un exceso (tal vez producto de la cautela) doble.

Por una parte, es sabido que el territorio colombiano es una invención decimonónica y que las comunidades interpretativas que lo ocupaban seguían otras lógicas sociales, es decir que, valga admitirlo, en relación con nuestras concepciones territoriales eran necesariamente comunidades más flexibles. Precisamente por la dificultad que implica para una historiografía que quiere desvincularse de la apropiación nacionalista del pasado colonial, una de las maneras más certeras de desmontar esa mitología es reconocer el carácter *diferente* de esas fronteras y llevar a cabo acercamientos que pongan en evidencia la novedad y arbitrariedad del orden nacional. Desde ese punto de vista, me parece que una lectura menos centrada en el eje nación podría explorar la estadía de Manuel del Socorro Rodríguez y de Santa Cruz y Espejo en la Nueva Granada, el estudio de Mariano Grijalva en la Universidad de Lima, la estadía de Caldas en Quito, la presencia de Fausto D'Elhuyar (el hermano de Juan José

D'Elhuyar) en México, así como la red continental de bibliotecas de los jesuitas y la circulación constante de burócratas coloniales, como algo más que meras anécdotas en tanto síntomas de una colectividad que para nosotros—colombianos, peruanos, mexicanos del siglo XXI—puede ser difícil de imaginar.

Por otra parte, el acercamiento a los posibles sentidos que adquiere la ilustración local, nos invita a considerar los desarrollos contemporáneos en contextos vecinos. En efecto, la especificidad del estudio de Silva nos incita constantemente a esos otros procesos para emprender una evaluación más general de la verdadera dimensión e impacto de esa comunidad interpretativa. Sin embargo, y esto es necesario reconocerlo, el siglo XVIII hispanoamericano es, relativamente hablando, el menos conocido y el que menos interés ha suscitado en la historiografía cultural. Por eso, este libro es uno de los aportes fundamentales para la comprensión de la ilustración en el continente, uno de los más elaborados y comprehensivos que abarca esa transformación y se constituye desde ya en un modelo a seguir en el caso de otras capitales (Lima, México, Caracas, Buenos Aires, Quito y la Habana). Una vez que tengamos una imagen más completa de esos procesos en otras regiones, será necesario regresar al texto de Silva.

Una segunda inquietud surge al considerar otra de las fronteras del libro, su tope temporal de 1808. Aunque el libro se pronuncia brevemente sobre el futuro de algunos de estos ilustrados, la pregunta sobre lo qué ocurre después de la invasión napoleónica y la crisis metropolitana, sobretodo en el contexto de la radicalización política que algunos de los ilustrados locales van a sufrir y que los lleva del absolutismo al republicanismo, nos hace preguntar también por lo que podría haber en ese imaginario ilustrado local que les permitió hacer una transición tan rápida y propicia. Es precisamente en la rapidez con que se marca esa trayectoria, que contrasta marcadamente con la lentitud con que se venía gestando el imaginario ilustrado neo-granadino, que se advierte un margen hasta hoy insondado que el estudio de Silva nos permite intuir—incluso formular—con mayor claridad pero no necesariamente entender.

Por último, no me queda muy claro qué es *—en qué consiste y cuál es el sentido de—*una práctica ilustrada. Es evidente que la genealogía de las prácticas y los enunciados estudiados por Silva nos remiten a contextos inscritos, incluso desde su primer momento, bajo el rótulo de ilustrados. Pero el sesgo peculiar que adquiere en el contexto de la periferia neo-granadina, sesgo al que Silva constantemente nos remite, nos hace preguntarnos si aquello que se llama ilustración y cuyo imaginario es tan sugerente y contundente, agota la especificidad de lo que describe. De hecho, me tienta la idea de problematizar un poco esa categoría. Me parece que no es suficiente, o por lo menos que su capacidad de cobertura debe ser puesta a prueba cuando lo aplicamos al contexto hispanoamericano. No porque el concepto en sí sea europeo (aunque el hecho que en el imaginario contempo-

ráneo nos remita inmediatamente a la idealización de una relación serena entre el saber y el poder cuyo centro siempre es, como diría el historiador subalternista Dipesh Chakrabarty, forzosamente Europa, es altamente problemático) sino porque y fundamentalmente la misma categoría es problemática, objeto constante de polémica y cuestionamiento. *¿Qué es la ilustración?* se preguntará perplejo Foucault después de examinar la respuesta de Kant, pregunta y perplejidad a partir de la cual podemos interrogarnos a su vez *¿qué significa hacer la historia de la ilustración en hispanoamérica?*

Claro, Silva no cae en los simplismos tan frecuentes de la historiografía tradicional, sino que dirige su atención a los procesos de apropiación, transferencia y re-significación, haciendo hincapié en los valores diferenciados que estas prácticas adquieren en el contexto neogranadino. Pero no deja de ser perturbador el que los propios practicantes de la ilustración europea no se reconocieran en los gestos de sus colegas americanos. Como cuando Humboldt se sorprende al descubrir en el espíritu del ilustrado americano la coexistencia tranquila de la ciencia y el amo esclavista. Es indiscutible, que en la Nueva Granada el ideal de la ilustración es una manifiesta instancia de voluntad de poder—que no se agota en esto tampoco, pero que no se puede desvincular de este aspecto a riesgo de producir una representación sesgada de tan compleja transformación. Aunque ese elemento de voluntad de poder está sugerido en el examen de Francisco José de Caldas y los ilustrados de Popayán, valdría la pena empezar por cuestionar el significado y la aplicabilidad de la categoría *ilustrado* para la historiografía hispanoamericana. Una vez más, no es que no quepa en el contexto hispanoamericano: es que aún no se ha teorizado suficientemente a la luz de su compleja inscripción y funcionamiento en nuestro medio.

Una observación final se hace necesaria. El libro exhibe un desconocimiento—estratégico o inconsciente, no logro determinarlo—de la bibliografía sobre el tema en inglés. Más allá de la ausencia del texto de Anthony MacFarlane (*Colombia Before Independence* Cambridge 1993), que Silva reconoce en el prólogo y atribuye a una recepción tardía, el lector palpa en *Los ilustrados de Nueva Granada* la ausencia de bibliografía latinoamericana de procedencia anglosajona. Esto en especial sorprende por que muchas de ellas o son afines a su proyecto o porque de alguna manera importan divergen de él. Me refiero a textos como el de Peggy K. Liss (*Atlantic Empires*, 1983), David Brading (*The Origins of Mexican Nationalism*, 1985), Charles Cutter (*The Legal Culture of Northern New Spain, 1700-1810*, 1995), Rebecca Haidt (*Embodying Enlightenment*, 1998), y los más recientes pero aún esenciales Víctor Uribe (*Honorable Lives. Lawyers, Family, and Politics in Colombia, 1780-1850*, 2000) y Jorge Cañizares-Esguerra (*How to Write the History of the New World*, 2001).

Quizá es cierto que la presencia explícita de estos textos no hubiera modificado mucho el argumento esencial ni la manera en que éste se lleva a cabo,

pero sí hubiera establecido puentes y fortalecido diálogos entre dos tradiciones intelectuales importantes. Incluso, podríamos decir que permitiría ofrecer una imagen más integrada de la comprensión existente sobre los procesos de transformación cultural del siglo XVIII y de sus eventuales implicaciones para la cultura científica e intelectual del presente. Cerrar esta brecha entre el latinoamericanismo de filiación francesa y el anglo-americano es una labor que cada día se hace más imperiosa para el académico latinoamericano en general, y en particular para el colombiano, para de esa manera rescatar imágenes fragmentadas y apropiarse de las herramientas de representación del pasado.

En conclusión, el libro de Renán Silva representa un aporte fundamental a la historiografía colonial colombiana y continental. Para la historiografía colonial colombiana representa una innovación temática y metodológica fundamental que concreta la promesa —que ya se venía anunciando en otras obras suyas y de otros autores sobre la colonia neo-granadina— de unos estudios coloniales actuales que exploran la historicidad propia del pasado colombiano. Para los estudios continentales —más preocupados por la colonia temprana o los procesos de reformulación nacional decimonónicos— el libro constituye un llamado de atención. En primer lugar, para ir más allá de antologías y exégesis sobre el pensamiento de los ilustrados y prestar más atención a los aspectos materiales e imaginarios que comprende la verdadera riqueza intelectual del siglo XVIII y que sólo se puede aprehender en un análisis de registros múltiples y simultáneos como la que ensaya exitosamente Silva. En segundo lugar, para re-enfocar más lucidamente el debate en torno a la actualidad del intelectual y su papel en el fomento de una cultura política democrática en las sociedades latinoamericanas.

Francisco A. Ortega Martínez

University of Wisconsin, Madison
Universidad Nacional de Colombia

Diana Bonnett Vélez, *Tierra y comunidad. Un problema irresuelto. El caso del altiplano cundiboyacense (Virreinato de la Nueva Granada) 1750-1800*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia -Universidad de los Andes, 2002, 318 páginas.

La experiencia de la población indígena en el contexto de la Nueva Granada colonial presenta, en contraste con la de los otros espacios culturales como Mesoamérica y los Andes centrales, algunos rasgos significativos que la singularizan y cuya explicación es aún motivo de controversia. Esos rasgos incluyen la dramática caída de la población indígena a lo largo del conjunto del